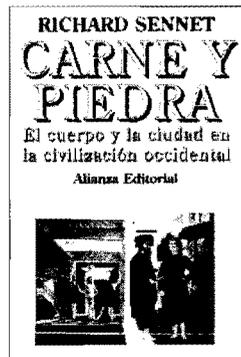


# Carne y piedra: El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental

POR: CARMEN LUCÍA DÍAZ

RICHARD SENNET, *Carne y Piedra: El cuerpo en la civilización occidental*, Madrid, Alianza, 1997. 453 páginas.

“Carne y piedra es una historia de la ciudad contada a través de la experiencia corporal de las personas: cómo se movían hombres y mujeres, qué veían y escuchaban, qué olores penetraban en su nariz, dónde comían, cómo se vestían, cuándo se bañaban, cómo hacían el amor en ciudades que van desde la antigua Atenas a la Nueva York contemporánea” (pág. 19). Así inicia el autor la presentación de su texto. Desde múltiples disciplinas, primando las perspectivas histórica y antropológica, Sennet introduce al lector en un recorrido fascinante por diversas épocas y lugares. El autor enfoca su trabajo de tal forma que logra mantener la articulación entre las formas corporales, los movimientos, las costumbres, las actividades y las significaciones de éstas con los modos de organización espacial, la construcción de nuevos lugares y el uso de los espacios públicos y privados, señalando cómo en los distintos momentos y en cada cultura la forma de relacionarse con el cuerpo ha encontrado expresión en la arquitectura de los pueblos.



Más que hacer una descripción detallada de la evolución histórica de esta relación, el autor expone, a manera de mirada transversal, aquello que para una sociedad específica, como hito histórico, se constituye en motor para transformar las relaciones y los espacios determinando continuidades o rupturas transgresoras frente a las características sociales anteriores. Guerras, experiencias y movimientos religiosos, políticos e ideológicos, descubrimientos y avances científicos marcan esas dinámicas que toman los cuerpos con respecto a los lugares habitados y vividos que, a la vez, van modificando la organización y la disposición de los espacios y las construcciones. Durante la travesía, Richard Sennet entretiene pasajes míticos e historias de personajes que enriquecen la argumentación y le dan un particular interés a la obra. El libro está constituido por tres partes, cada una de las cuales se presenta como una metáfora corporal que expone la tendencia dominante en el enlace creado en la relación entre cuerpo y espacio.

La primera parte se titula: “Los poderes de la voz y de la vista”; a ésta pertenecen capítulos destinados a recrear los momentos en los que en la Grecia antigua, particularmente en Atenas, la organización de la ciudad estaba determinada por la importancia de la palabra, de la discusión y el argumento, y por la necesidad de embellecer y exhibir el cuerpo

casapubli

masculino. Otros capítulos muestran el poder de las imágenes y de lo visual en la Roma del emperador Adriano, la exigencia de ampulosas construcciones como una forma de reafirmar el poderío imperial y la obsesión por las simetrías y formas geométricas, tal como se había descubierto con respecto a la disposición simétrica de la anatomía humana. Se señala en los romanos de esa época una imaginación con primacía de lo gráfico; los modelos implementados en la planificación de las diversas ciudades dominadas repetían el paradigma romano buscando mantener su esquema mental en las regiones subyugadas. La geometría del espacio romano transmitía disciplina al ordenar los movimientos corporales y al comunicar la exigencia de la mirada, la obediencia y la credibilidad. El último capítulo de la sección está dedicado al desafío de estos valores por parte de las comunidades cristianas, cuyo incremento fue progresivo, estableciendo transformaciones con respecto a la vivencia del tiempo y del espacio debido a su concepción peregrina de la vida terrenal y a la necesidad de separarse de la vida mundana a través de la mortificación del cuerpo, entre otras cosas, para ganar la “gracia divina” y obtener la vida eterna.

“Impulsos del Corazón” es el nombre de la segunda parte del libro, en la cual se exponen los diversos movimientos que van tomando las comunidades en la Edad Media con el avance del cristianismo y el auge de las economías generadas por los artesanos y por el comercio, actividades para ese entonces más dignificadas, ya que en la antigüedad, principalmente en Grecia y Roma, eran consideradas inferiores. Así, el ciudadano medieval se caracteriza por ser principalmente hombre económico, mientras que el antiguo era hombre político. Se privilegia en este apartado el movimiento ligado a la febril actividad y a la expansión de la violencia cotidiana en las ciudades y de las guerras que afectaban, ante todo, a los pobladores campesinos. Esos fenómenos coinciden con el movimiento en el cuerpo humano, paradigma que toma auge en esa época a raíz de las publicaciones realizadas por Gale-

no y por De Mondeville, las cuales indican, de una u otra manera, la distribución y movilidad de los calores y los fluidos. Las sociedades concretas objeto de estudio en esta parte del texto son París, durante la Alta Edad Media y el inicio del Renacimiento, y Viena, en este último período.

La parte final del libro, “Arterias y Venas”, introduce el movimiento desde una perspectiva diferente de la anterior, centrando el eje de análisis en la circulación, la respiración y la libertad, tanto de los cuerpos como de los espacios, con la supremacía de lo individual, haciéndose problemática la relación con lo comunitario. La planeación de las ciudades tiene en cuenta el modelo de la circulación del cuerpo. El análisis se realiza explorando a París en la época de la Revolución, a Londres desde mediados del siglo XIX e inicios del XX, y a Nueva York en las últimas décadas del siglo XX. La revolución científica e industrial, las innovaciones técnicas y la introducción del capitalismo trajeron consigo nuevas ideas sobre el cuerpo que incidieron en la relación con el capital, con los objetos y, por lo tanto, con el espacio. Ya no se exige sólo el movimiento, sino la velocidad; domina la razón y la secularización del cuerpo, la búsqueda de la libertad, de la comodidad y del enriquecimiento individual, requiriendo la neutralización de los sentimientos. Los espacios públicos se hacen importantes para adquirir o exhibir riqueza y los privados se hacen más íntimos, se sellan más. A ello se suma la instauración de la diferencia y, a la vez, de la masificación y de la indiferencia, cada uno de estos aspectos organizado con sus peculiaridades según la ciudad en cuestión.